

lo cual el pájaro acabó por mostrarle el árbol del cual pudo obtener el fuego. Pero para castigar al pájaro por los trabajos y cuidados que inútilmente le había hecho pasar, clavó en su cabeza un leño ardiendo que todavía puede verse en la actualidad en las plumas encarnadas del Alai ó Alae. Después de haber de esta suerte obtenido el fuego del pájaro de rojo plumaje, prosiguió Maui su prometéica carrera atacando á su padre Kane, con quien le habían enemistado los malos espíritus, y al hermano de éste Kanaloa, después de haberles vencido en la adivinación de

enigmas y de haberles dominado en la lucha á ellos y á todo un ejército de espíritus. Kane y Kanaloa huyeron del templo refugiándose en los montes; Maui quiso seguirles, pero de repente se sintió herido en el pecho por un proyectil, perdiendo con ello su fuerza natural, quedando reducido á la condición de simple mortal y viéndose muy pronto acometido por una enfermedad que acabó por consumirle. ¡Qué conjunto de pensamientos y de cuadros, típicos, prometéicos y orféicos universalmente reconocidos! En las islas de la Sociedad se pone á Maui en contacto



Idolos de Tahití, tallados en madera (Colección de la London Missionary Society, Londres). $\frac{1}{10}$ de su verdadero tamaño.

con el sol de otra manera, suponiéndose que como sacerdote que quiso llevar á cima el culto divino ató al sol veloz á sus propios rayos. En Hawái, él fué quien llevó nuevamente allí al sol que quería marcharse á Tahití y le cortó una pierna para que anduviera más despacio y secara la ropa de su madre. Finalmente lo encontramos también como dios emparentado con Proserpina, cuyo regreso de Ruhotu (Bolutu), el infierno, se implora cada año en Nukahiva cuando la fiesta de la cosecha.

Desde Ru-Rongo, el dios del cielo, llegamos á Tangaroa, en algunas manifestaciones venerado como dios supremo, por medio de una modificación local del primero. Kaka, hermano de Papa, es decir de la tierra, representa en contraposición á ésta, el cielo ó la luz y aparece en Hawái como Wakea, nombre que nos recuerda el de Vatea, sol del mediodía, que se nos presenta en Raiatea como creador de los dioses y de los hombres y que en otros puntos abarca á todo el cielo, puesto que el sol y la luna son designados como el ojo derecho y el izquierdo de Vatea respectivamente. En Hawái, Wakea es el esposo de Papa y procrea con

ésta muchas familias de dioses y especialmente la serie de hermanos Mauis. Wakea y Papa que viven en los botones de las algas marinas, crearon — según se dice en esta isla — la tierra que fué parida por Papa. En otro concepto está también Wakea relacionado con el mar: habiéndose sumergido en las profundidades de éste, uniéndose con la diosa marina y cuando regresó á tierra llegaron posados sobre sus espaldas los pájaros *Moa* (aves marinas que se zambullen) fruto de su unión hasta que se hubo dispuesto en el techo de la casa un sitio á propósito en donde establecieron su nido.

Ru y Maui están aquí en contacto con una tercera forma divina que quizás es la más claramente marcada de toda la mitología polinesia: nos referimos á Tangaroa, Taaroa, Tagaloa, Kanaloa que en todas partes va unido á infinidad de leyendas y es extraordinariamente venerado y á quien le falta poco para ser el Júpiter polinesio. Una leyenda de Raiatea describe de una manera sublime su poder cuya eficacia siente todo el universo: en un principio flotaba Tangaroa dando vueltas metido en un huevo ó en una concha en

forma de tal vagando de esta suerte por el espacio aéreo todavía oscuro; cansado de este movimiento eternamente uniforme, extendió sus manos y se enderezó quedando entonces iluminado todo cuanto le rodeaba. Y habiendo lanzado una mirada á la arena de la costa, dijo: «¡Sal!» y la arena contestó: «no puedo volar hacia el cielo hasta tí»; entonces dijo á las peñas: «¡Venid á mí!» y ellas le contestaron: «estamos clavadas en el suelo y no podemos saltar á las alturas en donde tú te encuentras.» Oyendo esto, el dios descendió hasta ellas, arrojó la corteza que le envolvía y la agregó á la masa de tierra que con ella aumentó considerablemente. De las astillas de la concha nacieron las islas. Después de esto creó de sus espaldas á los hombres y se transformó en una lancha y habiendo remado durante una tempestad, el espacio se llenó de su sangre la cual dió su

color al mar. Y habiéndose la sangre extendido desde el mar por el aire, hizo brillar las nubes de la mañana y las de la tarde. Por último, el esqueleto de Tangaroa echado en el suelo y con el espinazo hacia arriba fué una mansión para todos los dioses á la vez que modelo para la construcción del templo. En otros términos: subió al cielo en donde ocupó el puesto de Kaka-Vatea, de Ru-Rangi ó de Langi.

Según otra tradición, ese dios trabajó con tanto celo en la formación de las islas que las gotas de su sudor llenaron las cavidades y formaron el mar salado. Al decir de una tercera, aquel país había sido en un principio un continente compacto, pero habiendo incurrido en la cólera celeste fué destruído y dispersado en el Océano por los dioses y especialmente por Ru, el rey de la tempestad. Esta leyenda se nos presenta también bajo otras formas según las cuales



Un templo en Dore, Nueva Guinea (según Raffray).

Tangaroa enfurecido arrojó el mundo al mar, ó bien su mujer arrastró el mundo por el mar no habiendo quedado en la superficie más que unos fragmentos de aquél que constituyeron las islas. La aparición de Tangaroa en medio del cúmulo de leyendas de Polinesia cuya confusión corre parejas con la de la teogonía india nos ofrece tantos atractivos porque en todas las leyendas que le ensalzan se vislumbra el horizonte del mar que es el verdadero horizonte de estos pueblos. A ese dios se le podría considerar también como á Neptuno de la Polinesia; los maoríes le hacen sacrificios cuando van de pesca. Además, como también se considera dios de los árboles, venérasele como patrono de los que navegan en canoas hechas con troncos de éstos. Finalmente se le tiene por un dios protector de los artistas por haber sido él quien facilitó el modelo para el templo. De esto á convertir al dios del mar en padre y primer dios de un pueblo marítimo como este no hay más que un paso. En Samoa, es Tagaloa el ser supremo del cielo y por esto lleva el nombre de *Aitu de Lagi*, es decir dios del cielo. Mientras bajo su dirección suprema la creación se desenvuelve en el crecimiento orgánico y los gusanos engendran en la planta Fuefue hombres, estos son perfeccionados por el dios Naio y aproximados á los mismos dioses. Este Naio que reaparece en Tahití con el nombre de Mahui como ordenador del curso del sol y de la estabilidad de la tierra nos conduce finalmente al Maui de Nueva Zelandia.

A consecuencia de esta adición de dioses secundarios ó auxiliares queda algo borrada la situación de Tangaroa, como sucede tan á menudo con la del dios supremo que con el tiempo se convierte en impersonal. Se le designa con los nombres de: el más alto de todos, el increado, el que vive desde el tiempo de la noche, Po, y se le ensalza con los siguientes cánticos: «Taaroa como cuello de raíz, como cimientito de las peñas, Taaroa como arena del mar, Taaroa en la más amplia extensión, Taaroa surge como luz, Taaroa gobierna en el interior, Taaroa en el circuito, Taaroa aquí abajo, Taaroa la sabiduría.» Es, sin embargo, digno de notarse que sólo en muy pocos lugares — según Cook, en Tapuamanu, por ejemplo — se le venera públicamente y que en las islas de la Sociedad se le atribuya un cuerpo invisible. En su nombre encontramos ya la noción *roa*, es decir muy apartado. En Nueva Zelandia se ve á Tangaroa algunas veces, bajo una forma secundaria indeterminada, entre el cielo y la tierra cuando el sol se refleja en la espuma de las olas. También es digna de observación la lucha que entre sí sostienen los sacerdotes sobre su verdadera esencia, pues mientras unos, los de Raiatea por ejemplo, afirman que Tangaroa creó no sólo el cielo y la tierra sino á los mismos dioses, otros dicen que en un principio fué simplemente un hombre y que hasta después de muerto no subió á la mansión de los dioses. En la primera función, es decir como creador del mundo, él y su mujer, de la cual tuvo un hijo

y una hija, que, á su vez, tuvieron dos hijos (seis dioses constituyen el círculo de los dioses supremos), salieron de la noche, Po, y abrazando él una roca, el cimiento del mundo, creó la tierra y el mar. Cuando los precursores del día, el cielo oscuro y el claro cielo azul, se dirigieron á él pidiéndole un alma para su vástago, la tierra, ordenó á su hijo Raitubu que ejecutara su voluntad y éste mirando sencillamente al cielo y á la tierra creó todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en el mar. Entre los tonganeses, Tangarao es también el dios del ancho horizonte. Finalmente, en armonía con los principios fundamentales antes citados de la mitología polinesia é íntimamente unido á la destrucción y á la creación, de dios querido y venerado se convierte en dañador, del mismo modo que en último término viene á serlo el mismo Maui, portador del fuego y animador.

En la misma fuerza creadora extraordinaria de Tangarao, del cual sale indistintamente lo bueno y lo malo, radica el germen de su transformación en un principio malo por la razón de que lo malo es creado por él. Él es, en Tonga, quien oscurece el sol y la luna y en Hawái — en donde á causa de una confusión de palabras se nos presenta convertido en Kanaloa — se nos aparece entre las cuatro divinidades Ku, Lono, Kane y Kanaloa, pero como espíritu malo creador de serpientes venenosas y adversario de Kane. Fácil es reconocer en dichos nombres los de Tii, Rongo, Tane y Tangarao, sobre todo desde el momento en que oímos hablar de una trinidad hawaiana compuesta de los dioses Kane, Kii y Kanaloa.

En conexión con Tangarao vemos elevada al círculo de los seres celestiales privilegiados una cuarta forma divina que, al propio tiempo, representa la parte de las hazañas de este dios referentes á la creación del hombre; en efecto, en muchas tradiciones vemos mencionado como padre de la humana raza á Tii. Este, unas veces aparece creado con su mujer — la madre de los hombres — por un descendiente de Tangarao y á consecuencia de un abrazo que éste dió á la arena de la costa; otras se nos presenta viviendo en Opoa, creándose para sí mismo una mujer y con hijos que son los primeros padres de los hombres; y otras veces, finalmente, se habla de dos Tii, la tierra y el mar, que en Opoa tomaron forma humana y poblaron las islas hasta entonces únicamente habitadas por los dioses. Pero la opinión principal es que Tii y Tangarao constituían un solo ser y que el primero vivía en Po, la noche, y el segundo en Ao, la luz. Algunos aseguran también que así Tangarao como Tii fueron el primer hombre el cual, aun después de su muerte, fué considerado vivo y llamado por su nombre que, por ende, es el que recibieron los espíritus de los muertos.

Esta leyenda tiene los visos de una ampliación de la sencilla idea tan extendida en Polinesia de que Tangarao creó á los hombres y de que este dios y su mujer fueron poco á poco habitando y poblando todas las islas. Que en su origen la aparición de Tii como figura especial de dios fué simplemente una doble denominación del mismo dios demuéstrase también con el hecho de tener Tangarao por compañera á Hina como hija y esposa y como madre de la creación. Entre los maories es Tiki el creador de los hombres á los cuales hizo la revelación de la creación que después fueron heredando por tradición los sacerdotes. Los hombres llaman á Tiki descendiente, Urio ó Tiki. En las Marquesas se da el nombre de Tiki al primer inmigrante. Por último, encontramos un nuevo enlace, según el cual Tii, como hijo de Tangarao se casó con su abuela Hina convertida en hermosa doncella y tuvo de ella á Uru y á Fana que fueron la primera pareja humana.

Tii es, pues, bajo muchos conceptos, el bienhechor de

la raza humana ya que sus más importantes servicios (elevar el cielo por encima de la tierra, paralizar al dios de los terremotos, traer el fuego y crear á los hombres) están íntimamente relacionados con el destino humano para bien de éste. Al traer el fuego, enseñó la preparación de los manjares que antes se comían crudos. Gracias á estos hechos memorables casi se identifica con Maui y en su consecuencia en las islas de la Sociedad Tii se nos aparece como dios de la luz engendrado por el sol y la luna.

El quinto lugar de la serie de los grandes dioses de Polinesia lo ocupa Tane (en Hawái, Kane) emparentado muy de cerca con Rongo, Rangí ó Ru, que es el cielo ó el que sostiene el cielo, del cual está quizás únicamente separado por una mala inteligencia etimológica. Después de separados el cielo y la tierra, Tane adornó al primero, Rongí, con estrellas y colocó al propio tiempo en la tierra, Papa, á los hijos lisiados en calidad de árboles; de modo que aquí se nos presenta como auxiliar ó terminador de la creación. Según otra leyenda, en unión con Paia creó á los hombres, *tangata*, ó bien creó de la tierra el hombre *Ao marama*, antecesor de los hombres. En la leyenda de los maories se nos presenta en un estadio de la creación más antiguo y en el ejercicio de funciones más esenciales, pues en ella él es quien desempeña la importante tarea de separar á sus padres Rangí, el cielo, y Papa, la tierra, y de levantar el cielo. Habiendo subido después á éste para buscar una mujer, supo que no había allí más que una y su padre Rangí le aconsejó que volviera á donde estaba su madre: allí mismo creó de la cadera á la mujer Hine con la cual tuvo una hija, Hineataura, la cual reconociendo en Tane á su padre huyó avergonzada yéndose al lado de su hermano Tane ta Waiora (*Waiora*, agua de la vida) padre de Timu Rangí (fin del cielo) y á consecuencia de una disputa con Tane se convirtió en la bisabuela Hinenuitepo (noche) mientras Tane se quedaba en la tierra como Tane nui Rangí. Tane, que por todas partes buscaba á su hija, encontró á su hermano Rahú, el fuego que todo lo vivifica, en el décimo y último cielo. Esta visita hecha por Tane en el último cielo á Rahú, fuego que todo lo vivifica, parece identificarle con la figura prometico-titánica de Maui, tanto más cuanto que también aquél buscó el agua de la vida para defenderse contra Meru y cuanto que es considerado como padre de los pájaros. Ambas cosas tiene asimismo de común con Tangarao. En Tahití era un verdadero dios de las estrellas Rehú, la estrella que sale al comenzar el año, que con Ura crea á los Gemelos y á las Pléyades y que es considerada como soberana del año. Allí también el dios del cielo resplandeciente crea con su mujer Fanui la estrella matutina, Faurúa, que sirve de guía á los navegantes: la estrella vespertina y las estrellas errantes son denominadas respectivamente hija del sol y Atúa; los Gemelos son considerados como hijos de los hombres que se refugiaron en el cielo porque temían su separación.

Los rasgos fundamentales de la teoría de los espíritus y de los dioses polinesios se parecen tanto á los de la teoría melanesia que no es posible dudar de su afinidad. Bastían hace notar que en la isla de Fidschi, situada en la frontera de Polinesia y en el punto de transición á la Melanesia, los mitos de las dos regiones presentan muchos puntos de contacto al paso que Micronesia, á donde se llega por los grupos de las Ralik ó Ratik, conserva en este concepto un aspecto completamente especial y propio. Aquellas reminiscencias se extienden, sin embargo, mucho más traspassando el mismo territorio de las Nuevas Hébridas tan poblado de colonias polinesias. No exageran los que dicen que el tejido

de la mitología melanesia está en el fondo tramado con hilos polinesios, y que los rasgos propios no están más que introducidos en éstos siendo las más de las veces simples debilitaciones de hilos y colores ya existentes.

El carácter de las variantes melanesias de las leyendas mitológicas polinesias es las más de las veces una degeneración casi novelesca en una esfera inferior. El Tangarao y el Maui polinesios están más cerca de las ideas cosmogónicas y mitológicas de que son personificación que los representantes de las mismas en el territorio melanesio; para convencerse de esto basta reparar la antes citada leyenda de las islas de Banks relativa á las asechanzas de los hermanos Tangaros de Quat contra este hermano divino y señor suyo y la referente á la salvación del mismo por Marawa con la leyenda análoga que encontramos entre los maories: lo que entre éstos es leyenda aparece en aquéllos como cuento, con lo cual pierde en grandiosidad pero se hace más comprensible á los hombres. Esta diferencia puede ser fácilmente derivada de la manera distinta con que aparecen organizados en ambos pueblos la clase sacerdotal y la esencia de la tradición. Los giros cómicos que encontramos en las leyendas indígenas de las Nuevas Hébridas respecto de las causas por las cuales los hombres andan derechos, probablemente están en armonía con el carácter alegre de aquellos isleños de crespos cabellos. Dicen éstos, hablando del creador de los hombres, que en un principio hizo que éstos anduvieran á cuatro patas y que sólo los cerdos andaban derechos, lo cual incomodó tanto á las aves y á los reptiles que convocaron una asamblea en la que antes que nadie pidió el lagarto una modificación que fué energicamente combatida por la aguzanieve. Venció, sin embargo, el lagarto que empuñándose á lo alto de un cocotero se dejó caer desde allí sobre la espalda de un cerdo el cual cayó sobre sus patas delanteras y ya no pudo volverse á levantar. Entonces todos los cerdos anduvieron á cuatro patas y sólo el hombre anduvo derecho.

Ya hemos visto que en medio de la pluralidad de dioses y espíritus objeto de adoración que existe en los territorios polinesios, melanesios y australianos se da muy poca importancia á la cuestión de quién ha de figurar al frente de esos ejércitos de divinidades. En cada isla cambian el nombre y la dignidad del jefe de los dioses y en algunos puntos no aparece claramente marcado, como compensación, aquel grupo de los nacidos de noche de entre los cuales surge, en otros, el que se apodera del trono celestial. Sólo en las narraciones cosmogónicas y en la leyenda de los infiernos encontramos mayor estabilidad. En Fidschi, el dios supremo lleva el nombre de Dengeh, Tengei ó Ndengei y es considerado como el jefe de todos los dioses y hombres. Dengeh, en un principio, hubo de vagar libremente, pero luego vino á degenerar en la tierra en serpiente de enroscada cola, siendo desde entonces el dios de los terremotos, de las tempestades y de las estaciones. Dícese que apenas Dengeh se mueve caen lluvias fertilizadoras, cubrense los árboles de ricos frutos y producen los campos de ignamo una magnífica cosecha, leyenda que indicaría el cambio periódico de estaciones y la influencia que sobre éstas ejerce un elevado poder oculto. A pesar de esto no es Dengeh, como pudiera creerse, el dios de la cosecha, pues para esto está demasiado lejos de los hombres y habita en abismos demasiado profundos, siendo más bien un dios de la cólera que con harta frecuencia se da á conocer de una manera terrible: castiga y corrige á su pueblo ora haciéndole perder la cosecha, ora enviándole inundaciones; más aún, fácil le sería extirpar de la tierra á los hombres y de hacerlo ha tenido algunas veces buenas ganas, pues desde que habita en los antros de la tie-

rra se siente acosado por un hambre tan voraz que, á semejanza del Kala del período indio, acaricia la idea de atraer á sí á todo el mundo y devorarlo.

Los dioses se dividen en Fidschi en varias clases según su grado de parentesco con Ndengei. Son hijos de éste, además de Mautu el fruto del pan, Tokairambe y Tui Lakemba que á la puerta de la mansión de aquél reciben las oraciones al mismo dirigidas: los nietos de dicho dios presiden, como dioses de distrito, las comarcas y los parientes lejanos, como dioses secundarios, están al frente de las tribus. Los nietos de Ndengei constituyen una tercera clase de dioses y sus parientes lejanos una cuarta. Entre estas divinidades y recordando por su exuberancia en cierto modo ruda la teogonía india, ocupan sus respectivos puestos algunas simbolizaciones de determinadas cualidades ó dotes, así por ejemplo encontramos á Kokola con ocho brazos representando la habilidad mecánica, á Matowalu, la sabiduría con ocho ojos y á Waluwakatini con ochenta jostomagos. Háblase allí, como en Polinesia, de la familia de los dioses, pero las palabras padre, hijo é hija que crean entre los dioses un lazo de familia son empleadas simbólicamente, tal sucede, por ejemplo, cuando á Mautu-Maui (que auxilió á Ndengei en la creación) se le da, además del nombre de fruto del pan que trajo él á la tierra, el de hijo del dios supremo. También se cita como hijos de Ndengei á los barqueros de almas Rokovana y Rokora y á Rokomutu nacido del codo, para lo cual ofrecen un fundamento directo la leyenda de la creación y la del diluvio.

Las ideas que tienen los polinesios respecto del otro mundo están íntimamente enlazadas con este enmarañado edificio de ideas mitológicas aunque por sí solas constituyen un mundo aparte. El otro mundo es, en general, un reflejo de la vida terrenal no más puro que ésta en muchos conceptos y está mucho más cerca de este mundo que el más elevado y grandioso de los dioses. Únicamente el señor del infierno es uno de los dioses de alta categoría y es adorado al igual que éstos. Con el nombre de Ikuleo ó Hikuleo se nos presenta como uno de los primeros dioses de Tonga. Se le tiene por hermano menor de Maui y por señor del Bolotu, el cielo de los nobles y de los príncipes, y en su consecuencia por dios y caudillo de las almas de éstos. Junto á su palacio celestial brota el manantial del *Waiora* ó agua de la vida que presta nueva vida á las almas de los príncipes difuntos, resucita á los muertos y sana á los enfermos. Según otros, Hikuleo habita en una caverna del Bolotu de la que no puede apartarse más que lo que le permite su cola arraigada en la tierra, se embriaga con su mujer y con sus hijos y, dotado de poder sobre todo, obliga á los caudillos y á los matabulus á que le sirvan. Siendo una de sus principales cualidades un deseo ardiente hacia las almas y habiendo emigrado de sus dominios sus vasallos dirigidos por los hijos de Tangarao que los llevaron á Tonga, procura atraérselos de nuevo apoderándose de los espíritus de los príncipes. Sus miras se dirigieron especialmente á los primogénitos de sangre noble entre los cuales ocurrió, en cierta ocasión, tanta mortalidad que se temió que Tonga quedara despoblada, haciéndose necesario que Maui en la tierra y Tangarao en el cielo encadenaran á Hikuleo. En Samoa, este señor de las almas nobles se nos aparece con el nombre de Siuleo al frente de los guerreros á quienes conduce á la victoria cuando acepta favorablemente sus sacrificios. En Hawái lo encontramos como Milu y como Wakea, dos mitades homólogos de un mismo círculo de ideas y las leyendas que en esta isla se refieren á él y á sus compañeros nos proporcionan los materiales necesarios para construir el Hades y el Paraíso de los polinesios.